

la tenacidad fanática. La historia refiere algunos hechos cuya simple reseña basta para indicar el carácter de la oposición que se hacía al paganismo. Así vemos que el emperador Constantino, para manifestar á los pueblos el deplorable abuso que se hacía de su credulidad, mandó derribar un templo dedicado en Cilicia á un célebre oráculo de Apolo; y al derribarlo, el pueblo pudo convencerse de que el oráculo no existía, de que el dios era una ficción, y de que en el interior de los colosales ídolos se ocultaban los impostores cuyo ministerio consistía en engañar al pueblo. Además, en Heliópolis, ciudad de Fenicia, so pretesto de hospitalidad, estaba generalizada la prostitucion y la comunidad de mujeres en honra de la diosa Vénus; pues bien, el emperador Constantino prohibió esta costumbre y mandó levantar en dicha ciudad un templo al verdadero Dios (1).

Si por estos y otros actos análogos se encuentra censurable el favor dispensado á la Iglesia por Constantino, si hasta tal punto debia respetarse la susceptibilidad pagana, dígame de una vez ó que Constantino no debia haber hecho uso de sus convicciones para convertirse al cristianismo, ó que debia ser un emperador cristiano sin celo por la fe y por la morigeracion de las costumbres. El mismo autor del cual hemos copiado algunos párrafos al principio de este capítulo, á pesar de la severidad con que condena determinados actos de Constantino, confiesa y reconoce que procedió con circunspeccion y tacto en punto á atacar al paganismo, respetando la dificultad de vencer en un momento las preocupaciones paganas todavía muy arraigadas.

No se diga pues que la Iglesia y por lo tanto la Santa Sede abusó de su posicion en medio del triunfo del cristianismo; y así como no abusó entonces, tampoco lo hizo despues cuando á consecuencia de la irrupcion de los bárbaros cambió por completo el espectáculo del mundo, y empezaron á echarse, segun todas probabilidades, los cimientos del poder temporal de la Santa Sede, de lo cual vamos á ocuparnos en el capítulo siguiente.

(1) *Socr. lib. 2, cap. 18*, citado por Henrion.

CAPITULO IV.

Origen del poder temporal de la Santa Sede.



tal la incertidumbre que reina entre los autores con respecto al tiempo preciso en que tuvo comienzo el dominio temporal de los Sumos Pontífices, que además de difícil, es grave y comprometido el trabajo de resolverlo y ponerlo en claro. Una autorizada Revista contemporánea publicó no ha mucho un extenso artículo sobre este particular, en el que se leen los siguientes párrafos:

“Han dicho algunos que el dominio temporal de los Papas tuvo principio en las donaciones hechas en favor de la Santa Sede por Pipino y Carlomagno; pero esto es visiblemente inexacto, como quiera que los Papas en aquella sazón gozaban ya del dominio temporal no solo del ducado romano, mas tambien de otros varios puntos de Italia; y aquellos dos príncipes franceses solo fueron á Roma, en virtud de haberlos llamado el Sumo Pontífice, con el objeto de hacerle recobrar por medio de las armas las posesiones eclesiásticas que le habia usurpado el rey lombardo. Lo que empero se debe á Pipino, Carlomagno y Ludovico el Pio, es el aumento del patrimonio de la Iglesia, que acrecentaron con sus donaciones á la Santa Sede. Otros han creído que el dominio temporal de los Sumos Pontífices trae su origen del libre y espontáneo consentimiento de los pueblos, que mal garantidos ya por la débil y apartada Bizancio, y resentidos de la persecucion de los emperadores iconoclastas, buscaron una égida mas fuerte y mas próxima en el gobierno paternal del Romano Pontífice. Mas tambien esto es visiblemente inexacto. El consentimiento de los pueblos puede citarse á lo mas como un reconocimiento

espreso de una situación existente y como la confirmación explícita de un derecho anterior (1)."

Los historiadores y escritores franceses están acordes por punto general en atribuir el origen del poder temporal de los Papas á la época de Pipino y Carlomagno.

Los protestantes, que sin razón alguna fundada para ello, niegan la jurisdicción originaria universal de los Sumos Pontífices en la Iglesia católica, no aciertan, como es natural, á ponerse de acuerdo sobre el tiempo en que la Santa Sede empezó, según ellos, á usurpar dicho poder; unos atribuyen esta usurpación á S. Gregorio el Grande, otros la hacen remontar al siglo segundo (2).

Algunos escritores católicos, explicando el modo con que el poder temporal de los Papas fué la consecuencia lógica de su autoridad espiritual, atribuyen el verdadero principio del citado poder temporal á los pueblos que libre y espontáneamente solicitaron la protección y el amparo de los Sumos Pontífices (3).

En medio de esta incertidumbre y tratándose de un punto tan importante como lo es el verdadero origen del poder temporal de los Papas, debiera arredrarnos el empeño de fijar un hecho práctico en un período determinado que escritores autorizados y hombres de talento no han podido señalar con precisión. No se atribuya á jactancia nuestro empeño; debemos dar razón de lo que constituye el verdadero fundamento de esta obra, y he aquí exclusivamente nuestro deber y nuestro propósito.

Esta oscuridad que vela el citado punto histórico, es para nosotros una garantía de mucha estima. Prescindiendo de las épocas fabulosas que son un preliminar común en la historia de todos los pueblos, nótese que el origen de los gobiernos no suele ser desconocido. Desde la elevación del gran Sesostris al trono de Egipto, desde la formación de los gobiernos intestinos de la Grecia, hasta la restauración de imperios caídos en las épocas moderna y contemporánea, á pesar de algunas divergencias entre los cronistas é historiadores, hay generalmente un punto de partida al que con mayor ó menor precisión se refiere el origen de los gobiernos. Y si esto acontece en los tiempos antiguos, mucho más ha de suceder en la historia reciente de los pueblos y de los

que han sido y serán por la historia y la geografía.

- (1) *La Civiltà Cattolica*.
 (2) Véanse los artículos publicados por el vizconde Mr. de la Tour en la *Revue contemporaine*, correspondiente al mes de julio de 1859.
 (3) Véase la excelente obra del cardenal Orsi: *Della origine del dominio dei Romani Pontifice*.

gobiernos que se han constituido á la sombra de los principios salvadores del cristianismo. A la irrupción asoladora de las razas bárbaras sucedieron en todas partes nuevos gobiernos que reemplazaron al imperio, y el origen de todos esos gobiernos es conocido.

En la Helvecia y territorios inmediatos se establecieron definitivamente los borgoñones; en España tomaron asiento los visigodos, espulsando de ella á los vándalos y á los alanos, y dejaron para más adelante la expulsión completa de los suevos que se habían arrinconado en Galicia; en Italia se establecieron los ostrogodos ocupando la Iliria, la Retia, la Panonia y la Nórica; los francos lograron arrancar la Galia de la dominación de los bárbaros que se les habían anticipado en aquella conquista; y así sucesivamente pudimos citar los demás gobiernos que surgieron de aquel inaudito cataclismo. Los historiadores siguen con bastante minuciosidad todos los datos relativos al origen, carácter, costumbres, religión y leyes de las razas bárbaras, y comparándolo todo con las situaciones posteriores que se crearon en todas partes, deducen el grado de influencia que ejercía cada tribu en los territorios conquistados, y esponen por consiguiente el cuadro de los gobiernos establecidos. Nada de esto ocurre con respecto á la historia de los Estados Pontificios.

En cierto modo pudiera encontrarse una razón especial para explicar semejante omisión. Aunque todo el mundo en aquel entonces conocido había llegado á formar un solo estado que era el colosal imperio de la prepotente Roma, con todo la geografía deslindaba ese vasto territorio en diferentes fracciones que en realidad carecían de autonomía política y administrativa. La Panonia, la Galia, la Iliria y otros muchos nombres análogos que pudiéramos citar, dejaron marcada á los historiadores una división geográfica que pudo servir de pauta en cierto modo para clasificar la nueva división geográfica de las numerosas provincias del derruido imperio. Como los estados de la Iglesia, si es que empezaron entonces á formarse, no tuvieron pretensiones de ser una nación como las demás que se estaban formando, y como por otra parte el reducido territorio á que podía alcanzar entonces el dominio temporal del Papa, no había formado nunca un cuerpo de nación, una provincia conocida por una autonomía especial, de ahí es que pudieron también fácilmente haber pasado desapercibidos á los historiadores los comienzos de unos dominios que no presentaban elementos de futura grandeza ni en realidad han llegado jamás á ser considerables.

Fuera de esto; es preciso notar que si el poder temporal de los Romanos Pontífices trae origen de aquella época, no fué ciertamente porque los Papas hubiesen tratado de prevalerse de aquellas circunstancias para oponer la resistencia de la fuerza á los invasores y á los invadidos, puesto que semejante resistencia, ora fuese en apoyo de los vencidos, ora en cooperacion y auxilio de los vencedores, hubiera quedado consignada como un hecho especialísimo en aquellos tiempos; pues la irrupcion de las razas bárbaras fué tan estrepitosa que eran contados los que tenian siquiera el valor de resistirla, y tal vez no habia quien no se estremeciese y aun juzgase imposible la idea de formar causa comun con las tribus destructoras. La historia nos recuerda que al invadir Alarico el imperio del oriente, en cuyo trono se sentaba Arcadio, llevó la devastacion á la Tracia, la Dacia, la Macedonia y la Tesalia, pasó el desfiladero de las Termópilas y entró por tierras de la Grecia: Arcadio, en vez de oponerle resistencia, concedió al jefe de los visigodos la soberanía de la Iliria. En el imperio de Occidente donde gobernaba Honorio, su general Estilicon tomó á pecho una defensa que el débil emperador nunca hubiera intentado: los esfuerzos de Estilicon solo produjeron sin embargo un efecto momentáneo; los bárbaros acabaron por arrollar toda resistencia á pesar de las victorias obtenidas por el general romano en Polentia, en Verona y en Florencia. Los esfuerzos de Estilicon se concretaron al territorio de Italia, y ya no pudo oponer obstáculos á que los suevos, los vándalos y los alanos invadiesen la Galia y arrancasen á los dominios del emperador la provincia de España. La única sombra del poder imperial que quedaba en Italia, desapareció en el año 476 cuando el hérulo Odoacro, despues de dar muerte á Orestes y desterrar á su hijo, se confirió el poder real, y recibió el título de patricio, concedido espontáneamente por el emperador de Oriente para conservar una supremacia nominal, de todo punto ineficaz. Hé aquí como la historia nos presenta la transicion del imperio á la monarquía que se efectuó en Italia, algunos años despues de haber sido la alianza con los bárbaros el único sosten de los débiles emperadores de Occidente.

Veamos pues hasta qué punto cabe deducirse si el dominio temporal de los Papas fué una consecuencia inmediata de la regularizada dominacion de los bárbaros en Italia; y al efecto no podrá menos de ser oportuna una sucinta reseña histórica del modo con que realizaron aquellas razas su establecimiento. Hé aquí como refiere un autor contemporáneo la formacion del reino de los francos:

“Hacia el año 240 se encuentra por vez primera en la historia el nombre de los francos; ese nombre que llevaba una tribu que invadió la Galia. Desde entonces las invasiones de las tribus francas en la Bélgica y en la Galia oriental, fueron continuas; y eran motivadas ya por el deseo de andar en busca de aventuras y la necesidad de recoger botin, ya por la precision de huir ante alguna nueva tribu que iba á posesionarse de la ribera derecha del Rhin: á veces tambien se aliaban por algun tiempo con los emperadores ó los pretendientes al imperio, quienes buscaban entre los bárbaros satélites y soldados; por último tambien fué causa de esa invasion el movimiento general que precipitaba entonces á las tribus del Oriente hácia el Occidente y que procedia sin duda del acrecentamiento progresivo de una poblacion nómada.

“Desde Probo hasta Teodosio el Grande hubo pocos emperadores que no tuviesen que hacer con algunas tribus francas, y que no las rechazasen ó recibiesen entre las tropas del imperio, ó las tolerasen en el territorio romano. Bajo el nombre de *Ripuarios*, varios grupos de francos y otros bárbaros conseguian establecerse á orillas del Rhin con el encargo de defender las fronteras contra las nuevas tribus que se propusiesen salvarlas, quizás contra sus antiguos confederados. Otros bajo el nombre de *Laeti*, despues de servir en los ejércitos de Roma, recibian en el interior de las Galias y por punto general en las comarcas del Norte tierras en las que se establecian prometiendo cultivarlas, si bien las abandonaban muchas veces para volver á su vida nómada; pues la actividad ajena al trabajo es la situacion que con mas dificultad se resuelve el hombre á dejar. Otros en fin sin previo convenio, sin concesion alguna de los emperadores, despues de haber andado errantes por el país, se detenian espontáneamente en alguna comarca abandonada por todos los propietarios ricos, tomaban posesion de alguna ciudad medio despoblada, dejaban allí su botin, hacian cultivar los campos por esclavos á quienes se les importaba poco cambiar de señores, y de esta suerte se encontraban transformados en habitantes de las Galias sin haber dejado de ser bárbaros. Estas tribus, comunmente poco numerosas y sin relacion entre sí, conservaban sus costumbres, sus trajes y sus jefes. Bastaba que estos reconociesen la supremacia vaga é insignificante de los emperadores, y en caso necesario fuesen sus soldados. En el territorio que ocupaban, se les concedia muchas veces algun cargo ó título que les engrandecia á sus propios ojos y tambien á los de sus toscos compatriotas. Así hay entre ellos *comites*, *duces*, *magistri militiae*; y de esta suerte el imperio Romano pro-

longaba su existencia nominal en comarcas en que los bárbaros eran únicos dueños verdaderos del terreno y de los habitantes.

“En la primera mitad del siglo V, cuando la grande irrupción de los godos, de los borgoñones, de los vándalos y de los hunos acabó decididamente por fraccionar el imperio romano, el papel de los francos menguó y parece que por un momento desaparecen de la historia. No se habían adelantado súbitamente como esos pueblos, ni se habían constituido en cuerpo de nación; sus incursiones habían sido parciales y sucesivas. Se les ve tomar partido, ora en favor, ora en contra de los generales del imperio ó de las tribus recién llegadas, cuando la suerte arrojaba tal ó cual tribu al territorio que ocupaba todavía Aecio ó al que había invadido Atila. La comunidad de origen, de costumbres, de intereses generales y definitivos no era un lazo que pudiese tener unidos á esos hombres, ni ponerlos en contacto cuando estaban separados: no formaban proyecto alguno vasto ni previsor de establecimiento ó de conquista; su situación momentánea les proporcionaba sus amigos ó enemigos, y motivaba el impulso que les llevaba ora á fijarse en un punto, ora á buscar fortuna en otras partes. Pasada la tormenta, y cuando las principales provincias de la Galia, sin dejar empero de llamarse romanas, cayeron definitivamente en poder de sus nuevos dueños, las tribus francas que se habían establecido en la Bélgica y á orillas del Rhin, se encontraron poco más ó menos en su antigua situación. Solo presentaban la diferencia de haberse acrecentado su número durante la grande invasión: algunos habían penetrado anteriormente en el interior del país y se habían establecido en él: casi todos habían debido conocer que la Galia entera estaba abierta á sus devastaciones. Ya no iban á atacar al imperio romano; no veían á su alrededor más que otras razas bárbaras, comarcas abandonadas, ó gobernadores que aun siendo romanos ó galos habían olvidado al emperador y al imperio casi tanto como podía olvidarlos un jefe franco ó borgoñon. La situación de Syagrio se diferenciaba poco de la situación en que se encontraba en Tournai Clodoveo, jefe de los francos. Uno y otro eran pequeños soberanos rodeados de una multitud de guerreros que tenían títulos de cargos imperiales y gobernaban por su propia cuenta el país que ocupaban. Gregorio de Tours llama á Syagrio rey de los romanos, y á Clodoveo rey de los francos. Ragnachar en Cambrai, Siegbert en Colonia, Renomer en Mans; Chararich y otros varios eran reyes de los francos lo propio que Clodoveo.

“Por lo demás, conviene no formase una idea equívoca-

da del título de rey usado entre los francos: era un título que se daba en general al que ejercía sobre otros una autoridad cualquiera. El sentido lato de esta palabra correspondiente á la lengua de los francos, no tiene espresion idéntica en francés, pues envuelve una idea vaga de autoridad, sin determinacion alguna. No puede darse palabra peor escogida que la de rey para espresar dicha idea, puesto que es una palabra especial y definida hasta lo absoluto más completo, por haber correspondido exclusivamente á una autoridad absoluta al formarse nuestra lengua. Al contrario, el título germánico era siempre susceptible de restriccion ó ampliacion y se calificaba según el grado de autoridad; inflexiones á que la palabra latina *rex* se prestaba hasta cierto punto por medio de los diminutivos *semi-rea*, *regalis*, *regulus*, *subregulus*.

“Ya hemos dicho cuál era el estado de los francos al norte y al oriente de la Galia á últimos del siglo V, cuando Clodoveo, sucediendo á su padre Childerico, fué el jefe de la tribu establecida en Tournai. En el año 486, quinto de su gobierno y vigésimo de su edad, echó con mano atrevida los cimientos de la monarquía franca; y no entendemos al hablar de monarquía que á su muerte los francos formasen una nación compacta y estuvieran en posesion de un territorio con límites fijos y precisos; solo queremos decir que las tribus que habían llegado sucesiva y aisladamente, y que cada una por su cuenta ocultaban tal ó cual parte de territorio, se unieron á su alrededor y guiados por él se introdujeron en el interior del país. Próximos á la Germania, conservando frecuentes relaciones al otro lado del Rhin y recibiendo de allí continuamente un nuevo impulso hacia el Occidente con las tribus que se las allegaban, debieron, especialmente á esta última circunstancia, la preponderancia siempre creciente que sometió por último toda la Galia á su dominacion.

“En los tiempos bárbaros lo propio que en los tiempos civilizados, dice Guizot, un hombre superior á los demás, se hace reconocer por la actividad, por esa actividad infalible, hija de la necesidad de propagar en todos sentidos su existencia, su nombre y su imperio. Tal era lo que acontecía con Clodoveo. Se ha pretendido estudiar su política y describir su carácter; se le han atribuido combinaciones, miras y sentimientos, ora de un sabio y cruel déspota, ora de un conquistador dominado por vastos planes, y aun á veces se le ha calificado de profundo legislador. Otros han declamado contra sus vicios y sus crímenes, y le han negado todo mérito, toda gloria, sin ver en él más que un afor-

tunado y odioso bárbaro. Los unos han creado un nombre, los otros han hecho caso omiso de los hechos. El carácter individual de Clodoveo nos es desconocido; la política previsora y regular que se le atribuye, era imposible en su nación y en su tiempo. Todo lo que puede decirse es que era entre los bárbaros un bárbaro dotado de facultades superiores y de esa inaccesible actividad que los acompaña; uno de esos hombres á quienes nada satisface ni cansa, que en el descanso solo encuentran la impaciencia y la fatiga, hombres nacidos para el movimiento porque llevan en sí la fuerza que lo remueve todo y son incapaces de detenerse ante un crimen, un obstáculo ó un peligro. Tal fué el principio de las guerras de Clodoveo idólatra. No fué una exigencia exterior, la remocion de su tribu ú otra causa cualquiera, sino el impulso de su propia naturaleza, la necesidad de obrar y de dominar la que le llevó á las Galias, y le convirtió de jefe de algunos miles de guerreros en fundador de la preponderancia de los francos sobre todos los pueblos vecinos....

“Siendo caudillo de bárbaros, Clodoveo no podía impedir que fuesen assolados los campos y saqueadas las iglesias; pero demasiado político para no poner en riesgo las grandes poblaciones acampaba fuera de sus murallas ó pasaba junto á ellas sin entrar en la poblacion. Así lo hizo en Reims. Trató atentamente á S. Remigio obispo de dicha ciudad, y entre otras muestras de distincion, le hizo devolver un vaso sagrado que habia sido sustraído de una iglesia....

“Por otra parte este rasgo nos permite apreciar de qué modo trataba el conquistador al clero de la Galia. Entonces aun cuando los francos eran todavía paganos, los sacerdotes cristianos gozaban entre ellos de la mayor consideracion. La debieron á las virtudes de las que los bárbaros solo tenían una idea muy imperfecta, aunque no eran completamente ajenos á ellas. Menos apartados de las tradiciones primitivas que el antiguo pueblo al que reemplazaban, estos nuevos pueblos gozaban de costumbres puras, tenían un carácter hospitalario; y esto les hizo admirar una pureza de costumbres á que les faltaba mucho para alcanzar, y una caridad que escedía á los sentimientos mas generosos. Esta última virtud que solo el cristianismo la enaltece hasta lo sublime, les hizo una impresion mas profunda, y les impuso el respeto hácia los hombres que la ejercian. Al propio tiempo que los sacerdotes cristianos predicaban en todas partes la justicia, la obediencia, la resignacion y otras virtudes evangélicas que son la garantía mas segura del orden en la sociedad, origen de toda paz y

consuelo para los individuos que la constituyen, veíanlos que tomaban parte en los sufrimientos de los mismos á quienes ilustraban con sus doctrinas, que se compadecían de todas sus miserias privándose de todo para aliviarlas y demostrar no solo con palabras edificantes sino tambien con ejemplos continuos, que el patrimonio de la Iglesia es el patrimonio de los pobres, y que no es en este mundo donde tiene su verdadero tesoro. De este modo los sacerdotes cristianos atrayéndose la estimacion y la confianza de los vencedores, pudieron desde un principio ejercer una influencia sublime en la suerte de los vencidos (1).”

A propósito no hemos querido cercenar una palabra de esta minuciosa descripcion del establecimiento de los francos en la Galia, para que pueda deducirse por el carácter de los unos el modo con que los demás bárbaros establecieron respectivamente su residencia en otros países convirtiéndose por último en diferentes cuerpos de nacion. Mas para completar el cuadro que nos hemos propuesto describir y hacer luego su debida aplicacion á lo que hubo de ocurrir al propio tiempo en Italia, bueno será recordar el modo con que se desarrolló la influencia y la posicion del clero; y para que haya homogeneidad en el cuadro, aduzcamos las consideraciones que hace sobre este particular el propio autor á quien nos hemos referido.

“A la sazón en que empezó la conquista, dice Henrion, los obispos y los sacerdotes fueron el refugio de los romanos desarmados; fueron sus intercesores ante los reyes francos, sus mediadores para con los señores, y sus patronos ante los jueces; y convertidos de esta suerte en un lazo que ponía en contacto á los pueblos, y en el principal instrumento de la concordia que debía confundirlos en un pueblo solo, su crédito se robusteció hasta el punto de convertirse en breve tiempo en una autoridad regular y legítima que desde los primeros siglos de la monarquía era ya la mas considerable del Estado. Así era bastante frecuente que un duque dejase su ducado para convertirse en obispo, y que un ministro supersticioso á quien una adivina hubiese predicho su elevacion al episcopado considerase semejante prediccion como la mas feliz que pudiese realizarse en favor suyo. El clero hizo uso de este mismo espíritu de conciliacion y de paz en medio de las guerras civiles que no cesaron un punto de desgarrar el país luego que se desarro-

(1) Henrion, *Histoire de France*, vol. I.